

El abajo firmante declara

Jorge Ferrer-Vidal, en un reciente artículo del "ABC", analizaba con la tendencia simplificadora de una colaboración periodística las dos grandes concepciones -la de Hegel, la de Bentham- alimentadores de sistemas políticos diferentes: abrir una vía en que el Estado tiene preferencia absoluta de paso sobre los peatones o reservar al Estado el carril y la velocidad justos e indispensables, sin que tenga que rozar, y menos avasallar, los huertos particulares. El tema es vasto, pero lo que comparto desde luego con el ensayista -además de una parecida edad y cierta vertiente hipocondríaca- es la conclusión de que el gusto por vivir decae por igual entre los ciudadanos de uno y otro tinglado. Yo lo atribuyo decididamente a la burocracia, a esa manía de que nos exijan estar "declarando" a cada paso, a la pegajosa presencia de nuestros tutores. Cualesquiera que sean nuestros tutores.

Conozco -lo conozco mucho- a un hombre dedicado desde su adolescencia a la empresa comercial. Lo suyo es comprar a los fabricantes, enterarse de la calidad, almacenar y clasificar, racionalizar la distribución para que en el momento oportuno haya en Cacabelos o en Valencia de Don Juan lo que se necesita. Le pido que recuente su actividad de los últimos días, y el balance -que a él mismo sorprende- revela que apenas ha hecho nada de su misión verdadera, ocupado en la lectura del Boletín Oficial y de las circulares de la FELE y de las noticias del asesor fiscal, atento a un sinnúmero de disposiciones. Pero, sobre todo, metido en la tediosa e improductiva tarea de declarar.

Y no estamos hablando de la declaración de los impuestos -aunque esta sea la declaración por antonomasia- sino de la confesión permanente y abundante de datos. Y no estamos limitándonos al empresario, porque le ocurre a cualquier mortal que deba pedir un puesto de trabajo, una plaza escolar para su hijo -"Yo declaro", "El abajo firmante declara"-, sacar el permiso de conducir, renovar el documento de identidad... Todo esto tan agobiante (tan kafkiano, ya que estamos en el centenario de Kafka) le pasa diariamente al dentista, al aparejador, al barbero. A un importante director de coros y orquesta lo conocí absorto ante la declaración de los seguros sociales de su hueste musical, problema más complejo que la Carmina Burana que lo estaba esperando sobre el atril. Incluso en el hospital, el tiempo que le dedican a uno con inyecciones y curas y lavativas puede ser menor que el consagrado a escribir en abultadas carpetas la

declaración de nuestras miserias, si no es nuestra mismísima historia civil.

Es de creer que los estadistas -todos, los que vienen de Hegel y también sus opuestos- desearían encontrar una solución pero son incapaces. También es probable que no sea incapacidad, sino imposibilidad absoluta de que esa solución pueda nadie encontrarla. Somos muchos, nos hemos creado muchas necesidades. Y sin excedernos en el escarceo por la Historia Sagrada, podría señalarse atrás -muy atrás en el tiempo- el arranque de una pena no menos onerosa que el ganarás el pan con el sudor de tu frente. Acaso cuando a Yavé le dijeron que ya estaba bien de teocracia, que el pueblo quería un rey de carne y hueso, y Yavé (Samuel, 8, 10 ss.) les dijo pues os vais a enterar: Cogerá ese rey a vuestros hijos y los hará chóferes, a vuestras hijas las hará perfumeras, cocineras y panaderas, y a organizarse tocan para fabricar armas de guerra y vehículos, e inventada fue la concentración parcelaria...

Sí, probablemente fue entonces cuando empezó todo. La primera declaración jurada sería la de empadronarse el pueblo de Dios. Y una vez que se pusieron en fila los nombres... El caso es que así seguimos, bajo el apremio -creciente- para que declaremos antes, para que declaremos más cosas, para que declaremos mejor.

ANTONIO PEREIRA